

5: Viaje al Oeste - Gunsoul

Una mujer con armadura de cuero apuntó un rifle de caza a la cabeza de Yuan.

Sin embargo, él no levantó las manos en señal de rendición. En su lugar, agarró su revólver y lo apuntó a la cara de su atacante antes de que pudiera reaccionar. Un silencio tenso se instauró rápidamente entre ambos, ambos preparados para apretar el gatillo en el menor descuido.

Yuan sabía que ganaría en un tiroteo—tenía mejor rapidez al sacar el arma—pero esperó con cautela a que ella explicara sus motivos primero.

—No hay armas en el interior, vaquero—, dijo la mujer con tono áspero. Yuan reconoció de inmediato la voz que le había hablado antes. —Devolverás tu arma al salir.—

En lugar de responder de inmediato, Yuan primero inspeccionó la habitación. Era algo difícil ver mucho debido a la escasa iluminación, pues los candelabros parpadeantes proporcionaban la mayor parte de la luz, y las pocas lámparas permanecían apagadas. Yuan asumió que los dueños reservaban su valiosa electricidad para la torreta afuera.

El Golden Gate resultó ser un pequeño bar ambulante capaz de albergar a unas cuantas decenas de clientes. Comerciantes de chatarra jugaban a las cartas en mesas de metal, mientras sus guardias bebían licor cerca de una barra oxidada. Un trío de cultivadores sentados en una alfombra en una esquina, ciclando su qi frente a un pequeño altar dedicado a la Bailarina Espiral.

Ninguno de ellos estaba armado.

—Puedo medir cuántas balas me quedan,—, dijo Yuan al entregar su revólver a la guardia. No le agradaba, pero mantener su arma seguramente le costaría la amistad de los lugareños y cualquier margen para obtener información. —No intentes llevártelas. Conozco la música.—

La mujer resopló y bajó su arma. —No armes problemas aquí. Sin segundas oportunidades.—

—¿Dónde puedo encontrar a Kyung-sun?—

La guardia señaló con la barbilla una mesa a un lado. A diferencia del bar principal, las estanterías cercanas estaban llenas de cuadernos y pergaminos en lugar de botellas. Una mujer vestida con un vestido de piel azul estaba sentada tras ella: con cabello negro sedoso, ocho ojos, y cuatro patas de araña emergiendo de su espalda.

Un yaoguai. Curioso. Usualmente, emplean un disfraz ilusorio cuando interactúan con humanos. Yuan supuso que esta no se molestaba en considerar la lejanía de su hogar. Cuando se acercó a ella, un cartel de recompensas llamó su atención.

En el centro, una ilustración del ‘rostro’ de Revolver ocupaba la mayor parte del espacio. Yuan se detuvo solo el tiempo suficiente para leer el aviso debajo.

—Cultivador de la Cuarta Bobina, buscado muerto por crímenes abolicionistas contra el Khan Yinyang, la secta de la Mansión de la Carne, y la Compañía de la Caravana de Colmillos. No intentes capturarlo con vida. Trae su cabeza como prueba a la oficina de recompensas más cercana.—

Revolver era buscado muerto. No muerto o vivo. Solo muerto. Su cabeza tenía un precio de dos mil piedras de alma; una suma bastante considerable para un cultivador solitario. No era de extrañar que no quisiera permanecer mucho tiempo.

Entre la mención de “crímenes abolicionistas” y el odio de Revolver hacia los traficantes de esclavos, Yuan dedujo que su compañero Gunsoul se había ganado la recompensa luchando contra los traficantes. Si algo, eso aumentaba su respeto por el hombre. Desafiar a un señor de la guerra y salir con vida era un logro digno de celebración.

Quizá algún día tenga su propia nota de recompensa, pensó Yuan, divertido ante la idea de ver su rostro en un cartel justo al lado del de Revolver. Era un ideal de poder al que aspiraba. Algún día, nos encontraremos nuevamente como iguales.

Yuan apartó a Revolver de su mente y se acercó a la mujer araña. Ella terminó de escribir en un cuaderno con una pluma, antes de dignarse a saludarlo. —¿Chatarra o cultivadora?—

Los puños de Yuan se tensaron por sí solos. Detestaba esa pregunta y todo lo que implicaba. “¿Qué importa?”

—Es de gran importancia —contestó la yao-guai, observando a Yuan con sus múltiples ojos, todos ellos tan negros como una noche de luna nueva—. Lo repetiré: ¿Recolector o cultivador?

—Cultivador —respondió Yuan, casi a regañadientes. Qué extraño, siempre había pensado que pronunciaría esa palabra con orgullo, como si mostrara un trofeo que había ganado con esfuerzo. Sin embargo, aquí, casi sentía vergüenza. —Primera espiral.

—¿Signo zodiacal?

—Toro de Metal Yang —hizo una mueca—. ¿Este es un salón de astrólogos o un puesto de comercio?

—Ambos. El signo del visitante determina su destino, y el tuyo es porfiado —escribió notas en su cuaderno y luego lo cerró—. Soy Kyung-sun, la encargada de este establecimiento. ¿Es una bala la que tienes alojada en la cabeza? Deberías quitarla; es antiestética.

—No hasta que atrape al hombre que la puso allí —respondió Yuan secamente. Algo de esta mujer le caía mal, y no era por ser una araña. —Soy Yuan Guang, del Expreso del Este. Mi grupo fue emboscado por un gran pelotón de merodeadores con humvees. Debes haber visto su convoy.

—Lo vimos. Nuestros vigías dieron la alerta cuando llegaron rugiendo desde el oeste. Por un momento, pensé que íbamos a tener pelea —Kyung-sun juntó las manos, con una expresión imperturbable—. Forzaron la entrada a mi establecimiento y empezaron a hacer preguntas.

Un escalofrío recorrió la espalda de Yuan. —¿Sobre nosotros?

—Sí. Querían saber si un equipo de tres personas del Expreso del Este había pasado por Gatesville —añadió, casi como una postdata—. Les dije que aún no habían llegado, a cambio de una tarifa.

—¿Nos vendiste? —Yuan ahogó su ira en un gruñido—. ¿Por qué?

—Porque si no, habrían intentado obtener esa información a la fuerza; una pelea que habríamos perdido considerando su número y armamento. Al menos, así recibimos una compensación económica por nuestro problema.

La mano de Yuan buscó su cinturón y no encontró su revólver. Su mirada se dirigió hacia el guardia en la entrada, quien se dispuso a mover maliciosamente el dedo hacia él.

—¡Hijo de...! —protestó Yuan.

—Eso nos pasa mucho —dijo Kyung-sun con una expresión inexpresiva. Por su reacción, estaba acostumbrada a que los visitantes intentaran ponerle un arma en la cabeza.

—Veo por qué confiscan las armas de sus clientes —gruñó Yuan con ira—. Inteligente.

—No lo tomes personal, señor Guang —respondió, parpadeando con sus ocho ojos a la vez—. Algo así harían cualquiera en nuestro lugar, y aunque guardara silencio, ellos de todos modos habrían emboscado en nuestro puesto de comercio.

Ella solo tenía la mitad de la razón. Yuan preferiría enfrentarse al polvo antes que traicionar la confianza de alguien —eso era demasiado raro y valioso en el Mundo de los Nohechos—, pero su silencio no habría cambiado nada. El hecho de que Slash conociera su compañía, sus números y desde qué dirección venían antes de llegar a Gatesville solo podía significar una cosa.

Alguien del Expreso del Este había traicionado a su equipo.

Y ese traidor pagaría.

—Considerando los problemas que te causaron y el daño a nuestra reputación, estoy dispuesto a compensarte —ofreció Kyung-sun—. Hasta cierto punto.

—¿Qué, comprarás tumbas para mis compañeros muertos? —bromeó Yuan con ironía.

—Eso está dentro de nuestro presupuesto.

Yuan no buscaba dinero; quería sangre. Tanto por él mismo como por sus compañeros fallecidos. —Comienza diciéndome quiénes eran esas personas.

“Tus atacantes pertenecían a una banda de guerra afiliada al Khan Yinyang; el cultivador más poderoso de la región.”

Ese nombre otra vez... “¿El caudillo?” preguntó Yuan. “¿Desde dónde gobierna?”

Kyung-sun tomó un pergamino de su estantería y lo desplegó sobre el mostrador. Yuan se encontró frente a un mapa rudimentario de una extensa zona costera entre el Mar Mordido al norte y la región de los Lagos de Petróleo al sur. La Costa de los Dientes.

“El Khan Yinyang gobierna desde Ciudad de Batallas,” explicó Kyung-sun, señalando con una de sus patas de araña una ciudad lejana, a cien leguas al oeste de Gatesville. “Un tercio de los asentamientos de la región le rinde tributo, al igual que muchas sectas.”

“¿Incluyendo la tuya?” La mandíbula de Yuan se apretó. “Pensé que su influencia no llegaba tan al este.”

“Estamos demasiado retirados para que cualquier caudillo o secta se moleste en conquistarnos, por eso permanecemos fuera de su alcance. Sin embargo, está aliado con la Secta Mansión de la Carne, que controla Fleshmarket.”

Eso explicaría cómo supo de la entrega. “¿Cuántos hombres tiene?”

“Miles de Restos y cientos de cultivadores, muchos de los cuales han alcanzado el Cuarto Enrollado.” Kyung-sun dobló su mapa. “Sugiero humildemente que dejes pasar el asunto. cruzar el camino del Yinyang Khan es un atajo directo hacia la próxima vida.”

“No hace falta, ya sé cómo salir,” respondió Yuan con un gruñido. “¿El grupo de guerra también paró aquí de camino de regreso?”

“No, no lo hizo.”

Interesante. La posta de comercio de Gatesville no parecía muy defendida en opinión de Yuan, así que una gran banda de guerra como la de Slash no tendría problema en asaltar el lugar o extorsionar a los lugareños. El hecho de que no lo hicieran — y que se molestaran en pagar por respuestas rápidas — significaba que estaban bajo algún plazo, alguna clase de prisa.

Todo apuntaba a que la hipótesis de Revolver era correcta. Un conquistador codicioso quería agregar otro trofeo a su colección, y el asesinato del equipo de Yuan había sido un pequeño precio a pagar para conseguirlo.

Eso implicaba que el Yinyang Khan probablemente estaba fuera del alcance de Yuan, pero no así Slash. Ahora que conocía el origen de su asesino, lo perseguiría por los despojos del desierto y devolvería la bala a su remitente. Con intereses.

“Necesito este mapa,” dijo Yuan a Kyung-sun. Si ella quería compensarlo, esa era su oportunidad de demostrarlo. “Y una forma de llegar a Fleshmarket.”

Yuan tendría que detenerse allí en su camino a Ciudad de Batallas, tanto para informar a su cliente original sobre la pérdida del paquete, como para interrogarlo acerca del cubo. ¿Qué hacía que este artefacto fuera tan valioso que un caudillo enviara una banda de guerra a cien leguas de su sede para robarlo? La curiosidad de Yuan se avivó.

“Puedo prestarte una copia del mapa, pero tendrás que encontrar tu propio medio de transporte.” Kyung-sun asintió con firmeza a sus clientes y cultivadores que estaban en la taberna. “Si deseas llegar a Fleshmarket, puedes unirme a la caravana actual. Ellos planean tomar la ruta del norte. Estoy seguro de que aceptarán a un mercenario cultivador.”

Esa opción no le atraía en lo más mínimo a Yuan. La ruta del norte era, según lo que deducía del mapa, el camino más largo hacia Fleshmarket, y la caravana viajaba montada en kirin. Esas bestias eran resistentes y fuertes, pero solo la mitad de rápidas que una motocicleta.

“¿No hay nadie con coche o crucero?” preguntó Yuan. Aunque no tenía con qué pagar un transporte, siempre podía intentar negociar. “Necesito llegar a Fleshmarket lo antes posible.”

“Si no tienes coche, siempre puedes domar uno,” sugirió Kyung-sun. “Bandas de espíritus del carromato recorren las Tierras del Trueno. Con suerte y valor, podrías montarte en uno hacia Fleshmarket.”

¿Un carruaje espiritual? Yuan había domesticado algunos en su juventud cuando aún trabajaba para la secta Stoneskin. El problema era atraerlo con aceite y evitar que escaparan en cuanto su conductor se bajara, pero él podía montarlo a través de las Tierras del Trueno y dirigirse directamente a Fleshmarket. Sería el camino más corto.

Además, las Tierras del Trueno abundantemente rebosaban de qi. Realizar un ciclo allí acortaría drásticamente el tiempo que Yuan necesitara para llegar a la Segunda Bobina. Esto marcaría la diferencia una vez que alcanzara la banda de Slash.

“Tu compañía ya pagó por el combustible, así que puedo entregarte un bidón de aceite,” dijo Kyung-sun. “Deberías poder atraer un carruaje espiritual con él con bastante facilidad. Aunque, no te lo recomiendo.”

“Yo puedo cuidarme solo,” respondió Yuan. “Ya he atravesado las Tierras del Trueno antes.”

“No de esta manera,” advirtió Kyung-sun. “Los vientos radiactivos de las ruinas cercanas han corrompido al espíritu guardián local, convirtiéndola en una bruja rad-hag. Sus Tierras del Trueno se han convertido en un escondite de mutantes y demonios. Nuestros propios cazadores no se atreven a cazar allí solos.”

Pocas cosas asustaban a Yuan, pero las palabras de Kyung-sun le hicieron detenerse. Una rad-hag era una criatura peligrosa. Una bruja pestilente con ansias de destrucción, cuya presencia lanzaba una maldición terrible sobre las Tierras del Trueno bajo su control. Incluso los cultivadores permanecían alerta ante ellas.

El pensamiento le hizo una mueca a Yuan. Seguía pensando como un Chatarra.

“Lo que sea.” Kyung-sun soltó un chillido inhumano. Yuan sospechó que era el equivalente de su especie a un suspiro. “Eres libre de arriesgar tu vida como quieras. ¿Hemos terminado?”

Yuan rápidamente captó la pregunta oculta: ¿se había saldado su deuda con él, o debía esperar que ella regresara buscando venganza más tarde? Yuan meditó su decisión durante un minuto.

“Sí,” respondió con cautela. “Sí, hemos terminado.”

No ganaría nada enfrentándola ahora y tenía peces más grandes que pescar. Quería la cabeza de Slash en una bandeja y al gusano de la Eastern Express que le había contado sobre el paquete de su equipo. Enfrentarse a la escolta de un señor de la guerra le acarrearía suficientes enemigos; no tenía tiempo para crear más.

Yuan medito sus opciones. Podía viajar con la Caravana por el camino más largo, o atravesar directamente las Tierras del Trueno. En el primer caso, podría pedir consejo a otros cultivadores; pero el segundo le permitiría llegar más rápido a la Segunda Bobina.

Decisión difícil.

Revisión #1

Creado 6 septiembre 2026 08:07:50 por Isaac Newton

Actualizado 6 septiembre 2026 08:07:50 por Isaac Newton